

I CONGRESO LATINOAMERICANO DE TEORÍA SOCIAL
MESA 8 TEORÍAS EL ACTOR-RED EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

EN BUSCA DEL ACTOR EN LA TEROÍA DEL ACTOR RED

MARÍA DE LOS ÁNGELES POZAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS
EL COLEGIO DE MÉXICO
mapozas@colmex.mx

BUENOS AIRES, ARGENTINA AGOSTO 2015

EN BUSCA DEL ACTOR EN LA TEORÍA DEL ACTOR RED

María de los Ángeles Pozas¹

INTRODUCCIÓN

La teoría del actor red (TAR) es la propuesta realizada por Bruno Latour, Michel Callon y John Law, para repensar los fundamentos de la sociología a partir de las enseñanzas que les dejaron veinticinco años de investigación en el campo de la sociología de la ciencia. Bruno Latour, como principal exponente de la teoría del actor red, se posiciona esencialmente en contra de la concepción sustancialista de la sociedad, que tiende a definir a priori los elementos constitutivos de lo social, para plantear una sociología de las asociaciones, en donde dichos elementos son constituidos de forma relacional en una red de entidades heterogéneas. Es decir que esta red incluye seres humanos y todo tipo de objetos, naturales o producidos por los seres humanos, incluyendo los simbólicos. La acción, que es definida como un conglomerado de agencias que incluye actantes humanos y no humanos, se constituye en una red cuyos hilos pueden ser rastreados en el tiempo y en el espacio. Frente a esta intrincada red de asociaciones, este artículo se pregunta por el tipo de acción y de actor social que arroja la teoría, bajo el supuesto de que para las ciencias sociales, la respuesta a estas preguntas es elemento clave en la comprensión de los fundamentos ontológicos y epistemológicos de toda teoría que reflexiona sobre lo social.

LA MATERIA COMO FUNDAMENTO DEL MUNDO

Los problemas de la reproducción de la sociedad sirvieron para articular los aspectos más debatidos en la historia de las ciencias sociales y resultan un punto de partida esencial para entender la propuesta de la teoría del actor red. Para esta teoría es la existencia misma de la sociedad, su solidez y la persistencia de su forma en el tiempo, lo que debe ser explicado. Si la sociedad, con sus instituciones, su estructura y su creciente diferenciación es producto de la actividad colectiva de individuos, ¿cómo hacen los individuos, agentes, actores sociales o seres humanos, para coordinar sus acciones cada día, de tal suerte que las cosas sigan allí al día siguiente?, ¿cómo se asegura el poderoso que se va a dormir el lunes, que su poder seguirá intacto el martes?, ¿cómo garantiza que las asimetrías, la inequidad y la injusticia que lo favorecen continuarán operando aunque esté ausente?, ¿quién se queda a cargo?

¹ Profesora investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México (mapozas@colmex.mx)

¿Quién asegura a los individuos comunes que ese nuevo día su seguridad está garantizada, que la propiedad de sus bienes será reconocida, que pasará a tiempo el transporte de la escuela para llevar a los niños, que encontrará en el supermercado las cosas que necesita para elaborar sus alimentos, que en su casa habrá luz, gas, agua un día más? En otras palabras, ¿cómo realizan los individuos que componen la sociedad el titánico esfuerzo de hacer que el mundo exista? Para la teoría del actor red, dejar sólo en los hombros de los seres humanos y en sus interacciones esta construcción cotidiana de la realidad arroja un mundo extremadamente volátil, aún si todos y cada uno de los millones de habitantes del planeta realizaran con gran disciplina y aplicación sus tareas de reproducción. “La estructura social y las instituciones lo garantizan” dice la sociología, y claro, para eso están leyes, Estado, mercado, valores y representaciones colectivas, para apuntalar la solidez de su construcción cotidiana, sin embargo queda la pregunta: ¿cómo emergen, en dónde viven y cómo sobreviven esos entes abstractos diseñados para mantener unido el mundo en que vivimos?

La teoría del actor red invierte la dirección de la relación entre institución y acción, es decir, son las acciones las que definen la forma de las instituciones. El Estado sólo existe en tanto actúa y, para ser efectivas, sus acciones requieren un conglomerado de agencias, así como reclutar o servirse de tanta materia como les sea posible (Borges, 2011). Por materia entendemos todo suerte de objetos, tecnologías, artefactos y recursos que contribuyan a la realización de las acciones. Es decir, la teoría del actor red considera que es prácticamente imposible entender qué es lo que mantiene unida la sociedad sin reintroducir en su tejido las entidades producidas por la naturaleza y los artefactos diseñados por los ingenieros y los artesanos, es decir los objetos no-humanos (Latour, 2003).

La reintroducción de objetos y el papel que se les asigna en la constitución de lo social es considerada la gran innovación de la teoría del actor red (Dosse, 1999), especialmente frente al estructuralismo, en donde los objetos son estudiados como meros accesorios de lo simbólico. No obstante, la consideración de los objetos en la construcción de lo social no es nueva, quizás el antecedente más cercano lo encontramos en Norbert Elias, quien advierte que los seres humanos están en contacto con el mundo, y esta interdependencia entre los humanos y el mundo determina “la manera en que los objetos actúan sobre los sujetos, los sujetos sobre los objetos, los fenómenos naturales no-humanos sobre las personas, y las personas sobre la naturaleza no-humana” (Elias, 1990:70). La ontología relacional que propone Elias contrasta claramente respecto a lo que el autor denomina “ontologías de lo individual” y a las que también critica porque adoptan una visión sustancialista de los individuos y los objetos, considerados como entidades independientes fácilmente aislables. “Quienes esto afirman no parecen advertir que los seres humanos se encuentran en contacto con su mundo –sus pulmones con el aire, sus ojos con la luz del sol, sus piernas con la tierra firme,

su corazón con otras personas” (ibid). Al igual que la teoría del actor red, Elias se interesa por la persistencia de la sociedad, pero inserta su explicación en procesos de larga duración y aunque los objetos siguen aquí jugando un papel esencial en su explicación, el autor no despliega hasta sus últimas consecuencias los efectos que tiene para las ciencias sociales su inclusión en la ontología de lo social.

En un desarrollo diferente al de la teoría del actor red y sin establecer claramente un diálogo con esta teoría desarrollos recientes de la etnometodología tienden a integrar en el análisis de la interacción en copresencia, los objetos materiales incluidos en el escenario en donde ocurren. Parten del argumento de que es necesario entender mejor y de forma más precisa cómo los objetos participan en la construcción del significado y de interacciones sociales eficientes (Nevile et al 2014). Para estas nuevas corrientes, los objetos pueden ser herramientas, dispositivos, tecnologías, equipos, instrumentos, bienes, productos, vehículos, muebles, juguetes, ropa, materiales, joyas, alimentos, utensilios, armas, decoraciones, regalos etc. Pueden ser entendidos y tratados como raros o comunes, naturales o fabricados, familiares o extraños, preciosos o desechables, simples o complejos, públicos o privados, permanentes o pasajeros, feos o hermosos, útiles o inútiles, accesibles o inaccesibles. Por objetos se refieren entonces a esos elementos del mundo físico que pueden ser experimentados por los sentidos; pueden ser vistos, oídos y tocados. Los seres humanos pueden por ejemplo, manejar y manipular objetos, pueden moverlos, arreglarlos o colocarlos, pueden crearlos, ensamblarlos o transformarlos, pueden desmantelarlos o destruirlos, pueden representarlos, recordarlos o imaginarlos. Bajo esta definición, estaría incluido el cuerpo humano en sí mismo y sus propiedades específicas, e incluso objetos metafóricos que orientan ciertas acciones, aunque no estén presentes materialmente. Estas corrientes se interesan en síntesis por la forma en que los objetos son constitutivos de, y constituidos por, la interacción; se interesan en los objetos como “recursos situados”, es decir en la forma en que la gente interactúa con objetos y usa objetos para interactuar con otros; se interesa en los “objetos como realizaciones prácticas” es decir en cómo la gente da forma, diseña y se orienta a objetos que surgen en y a través de la interacción. No obstante, fiel a su tradición, este tipo de estudios mantiene el análisis de los objetos en el ámbito de la copresencia, incluso la mediada por la tecnología.

Para la teoría del actor red, los objetos, además de intervenir en la construcción de significado, juegan un papel activo en un espacio y un tiempo que rebasa con mucho los límites de la interacción cara a cara. Una catedral construida en el siglo XVI comporta un cúmulo de significados y funciones que no sólo permiten establecer un vínculo estético entre el arquitecto de la época y los visitantes actuales, sino que además ayuda a establecer una línea de continuidad en la forma del culto. Es decir,

otorga soporte y materialidad a un cúmulo de representaciones simbólicas colectivas, al tiempo que contribuye a la permanencia y estabilización de la institución religiosa. Es decir, la TAR no sólo atribuye a los objetos materiales “capacidad” para mediar todo tipo de interacciones, sino para mantener la vigencia del mundo. A la pregunta sobre quién se queda a cargo mientras los humanos duermen, se puede contestar que son los objetos fabricados por ellos mismos con tal fin. Imaginemos a una socióloga que un día, al despertar, se enfrenta a un mundo en donde han desaparecido todas las cosas de su vida cotidiana: casa, utensilios de cocina, regadera, auto, calles. Como científica social, nuestra socióloga está convencida de que las instituciones siguen allí, la reproducción del mundo social depende de las interacciones estructurantes de actores sociales, así es que toma a los niños de la mano (sin darles un baño y sin desayunar) para llevarlos a la escuela. No sólo no logra encontrar sus útiles escolares, sino que tiene serias dificultades para ubicar el sitio donde habrá de producirse la interacción profesor-alumno, que constituye el fundamento de la institución educativa. Lo único que observa son 18 millones de seres humanos caminando en el desconcierto de lo que antes fue su hermosa (y sorprendentemente funcional) ciudad de México, ¿cuál de ellos será profesor? Claro que todos guardan memoria de lo que fue su mundo y, si se organizan, podrían reconstruirlo desde cero como Robinson Crusoe, pero lo primero que sin duda harán será: fabricar objetos.

La materialidad es considerada por tanto como sustento de las relaciones sociales y como mecanismo de su estabilización. “Los objetos tienen memoria” dicen los diseñadores, y no se refieren sólo a las computadoras y tecnologías altamente sofisticadas, sino a que, en su forma específica, sus funciones y sus características, los objetos “le recuerdan” o incluso “le enseñan” al usuario cómo emplearlos. En esta suerte de learning by doing cotidiano, los individuos lidian cada día con un mundo repleto de objetos y artefactos que sólo pueden ser usados correctamente de formas específicas y que “resisten” otro tipo de uso.

El trabajo de Howard Becker (2008) constituye una excelente ilustración del papel de la materialidad en la conformación de mundos o esferas de la actividad humana. Becker considera que son los objetos y las convenciones del uso y significado que comportan, lo que permite la coordinación de las acciones colectivas en los muy diversos mundos de actividad en los que se emplean los seres humanos. En el mundo de la música, la creatividad del compositor o el ejecutante está limitada por las posibilidades del instrumento. Las convenciones que hacen posible la existencia de este mundo particular, van desde la forma de la notación en las partituras, hasta la definición de criterios estéticos sobre lo que se considera jazz, clásica o popular por ejemplo.

Para la teoría del actor red los objetos no son sólo intermediarios pasivos de estas relaciones, sino que con frecuencia son mediadores activos, es decir, con el potencial para transformarlas (darles

otra forma), como ocurre en la actualidad con la comunicación a través de las redes sociales. Ciertamente que la tecnología que la soporta no constituye a la acción comunicativa, sólo le da una forma particular, es por eso importante insistir en que no es la materialidad per se la que constituye lo social o las relaciones sociales sino que contribuye a darles forma y al estabilizarlas garantiza su reproducción.

Los seres humanos construyen estos mundos diversos agrupándose no sólo en torno de afinidades, normas, proyectos e intenciones, sino en torno de objetos, artefactos y convenciones que garantizan la persistencia en el tiempo de sus actividades e intereses. Pero estos mundos específicos están conectados a otros muchos; los músicos requieren salas de conciertos, ingeniería de sonido, medios de publicidad, compañías de grabación, periódicos, críticos de música y medios de transporte entre muchas otras cosas materiales, de tal suerte que la red heterogénea podría extenderse indefinidamente en el tiempo y el espacio. Si se privara a los músicos de toda la parafernalia propia de su actividad, no desaparecería la capacidad de hacer música de los seres humanos, pero volvería quizás a los cantos polifónicos y las percusiones que logran las mujeres pigmeo golpeando con sus palmas la superficie del río, y aún en este caso necesitan del río. El florecimiento de instituciones de todo tipo como mecanismo regulador de las relaciones sociales no podría ser entendido sin la deliberada tarea de reclutar no sólo actores y voluntades, sino la materia que necesitan para volverse sólidas.

DE LA ACCIÓN Y LOS CURSOS DE ACCIÓN

La acción, señala Latour (2005), no se realiza bajo el pleno control de la conciencia, debe considerarse en cambio como un nodo, un nudo y un conglomerado de muchos conjuntos sorprendentes de agencias que tienen que ser desenmarañados lentamente. El requerimiento de desmontar la acción en todas las posibles agencias intervinientes para entender su naturaleza, significa que para la TAR la acción puede ser nombrada, aislada, identificada, interpretada. En mi opinión este enfoque teórico destaca tres aspectos de la acción que dan sentido a la concepción ontológica de lo social que subyace: el primero es que la acción se despliega en el tiempo y por lo tanto su reconstrucción puede ser leída como relato, es decir tiene un componente semántico. El segundo se refiere a la materialidad que le da forma y que permite su estabilización como práctica. El tercero es que los cursos de acción “producen” cosas de forma colectiva que dan lugar a una diversidad de objetos y entidades concretas y abstractas que originan nuevos cursos de acción, es decir producen objetividad.

En la realización del más simple de los actos convergen una gran cantidad de cursos de acción, de entre los cuales el actor, sea lego o científico, asocia los que considera significativos a su interpretación y los construye o reconstruye como relato. El relato es una estructura discursiva, caracterizada por la heterogeneidad narrativa; en el cuerpo de un mismo relato pueden aparecer diferentes tipos de discurso (Greimas, 1989). Es decir que la forma relato otorga al intérprete una gran libertad de movimiento para rastrear los cursos de acción que le interesan, incluyendo la racionalización de sus propios cursos de acción, por lo que está vinculado a la atribución de sentido. Desarrollos recientes el campo de las ciencias cognitivas tienden a incluir el elemento temporal en la base de los estudios de la memoria, ya que los "trazos de la memoria" dejados en el cerebro son al parecer de carácter narrativo. Estos hallazgos dan renovada validez a Gerard Edelman quien en 1987 formuló una teoría integral de la memoria sobre la base de una selección de las conexiones entre neuronas: entre el número infinito de posibilidades, el sujeto en interacción con su medio ambiente incita y estimula ciertas redes a expensas de otras. Éste modelo, establece un puente entre las neurociencias, la historicidad y la dimensión social y nulifica cualquier reducción mecánica del pensamiento a un estrato biológico.

Pero a diferencia de los enfoques lingüísticos, para la teoría del actor red la acción es más que un mero discurso. Más allá de la interpretación, le interesa entender "cómo, con qué instrumentos, con qué maquinaria, en qué condiciones materiales, históricas, antropológicas es posible producir objetividad" (Latour, 2013:5) Los cursos de acción que convergen en un nodo para hacer posible las acciones sociales, portan la materialidad que les da forma. Por ejemplo, la acción de escribir este artículo no se da en abstracto, requiere la convergencia del curso de acción de los diseñadores de la computadora personal, los fabricantes, los distribuidores, los creadores del software, que deben sumarse a los cursos de acción del desarrollo de habilidades de los productores, traductores, profesores, pensadores, que deben darse cita en este instante para que María escriba. Pero relatar el proceso de redacción de un artículo requiere discriminar, de todos los cursos de acción convergentes, aquellos que permiten al observador explicar lo que le interesa, ya que de otro modo se podría seguir ad infinitum haciendo confluír cursos de acción de diferente nivel de abstracción y complejidad. Es por eso que Latour se pregunta, cuando yo actúo ¿quién actúa conmigo? En este sentido, es posible inferir que la idea del esfuerzo constante que tienen que hacer los actores sociales para que el mundo persista, es justamente contra los efectos no esperados de las combinaciones de múltiples cursos de acción. Cuando se habla de reclutar gente, reclutar materia, es para combatir de manera colectiva ese tipo de efectos y tratar de sacar adelante objetivos, creaciones, acciones conjuntas. La intencionalidad por tanto no es lo esencial para la sociología, sino la pregunta ¿cómo es que los seres humanos logran hacer cosas, juntos?

Vista la acción desde este ángulo, lo sorprendente es que sucedan las cosas que se planean, que el mundo persista. Es por eso que la sociología económica y de las organizaciones otorga gran relevancia a los mecanismos de coordinación de la acción. Es por eso que la estandarización y las rutinas adquieren singular importancia en los procesos de producción y, aun así, un día de observación en el piso de trabajo de una ensambladora de automóviles mostrará el gran esfuerzo que se requiere por parte de los trabajadores para devolver constantemente a su curso “normal” el proceso de producción. Para Boltanski y Thévenot (2006), esa es la función de la justificación con que los actores sociales defienden ante otros sus acciones, se trata de dirimir disputas a fin de reestablecer el curso de la acción. En síntesis, el elemento que distingue la TAR de los enfoques de giro lingüístico, es que un curso de acción no sólo es constituido al ser leído como relato, sino que además “arroja productos” de muy diverso tipo. Una vez concluido el artículo de María, este se convierte en un objeto (un hecho científico) que seguirá su propio curso de acción ya separado de su autora y será mediador y disparador (o eso espera María) de otros muchos cursos de acción: los de los dictaminadores, editores, lectores, críticos, estudiantes; además de que cada una de estas nuevas acciones son a su vez nudos de un sinnúmero de cursos de acción que convergen hacia ese nodo en un momento del tiempo y el espacio, es por eso que para la teoría del actor red el cambio social es gradual y permanente.

Un tercer y último elemento que nos interesa destacar sobre la acción, es el carácter colectivo de los cursos de acción, no sólo para la producción sino para la estabilización del sentido, cuyo “consenso” es necesario para la coordinación de las acciones y el logro de sus objetivos. Dado que la teoría del actor red tiene su origen en los estudios de ciencia y tecnología, el mecanismo para consensuar que identifica Latour, son las controversias generadas por los hechos científicos, una vez que éstos son puestos en circulación generalmente en forma de artículos publicados. Las controversias constituyen no sólo el mecanismo por excelencia de difusión del conocimiento científico, sino la forma misma como se construye. No obstante, el proceso de producción puede ser rastreado hasta el laboratorio para observar desde su origen el proceso de traducción por el cual el científico va transformando o traduciendo los hechos observados a diversas formas de información, a través de tecnologías o artefactos, cada una con lenguaje propio, para concluir en el hecho científico, que demanda la última traducción al lenguaje escrito (o hablado), es decir, al relato. Así por ejemplo, el descubrimiento de la estructura del ADN por Watson y Crick resulta de un largo proceso de traducción que tomó varias décadas, desde la purificación del material genético mismo, al análisis de su composición química a través de reactivos y cambios de temperatura, a su difracción a través de rayos X y a la “inferencia” final del mecanismo de replicación de la herencia, realizada por los descubridores y publicada en forma de artículo en la revista Nature. El rastreo de este fenómeno se puede hacer empleando las publicaciones y las controversias generadas a lo largo de este proceso,

porque cada una de estas constituye un punto de inflexión y el detonante de nuevos cursos de investigación con tecnologías distintas, así como de especialistas en “leer” el lenguaje o las señales propias de cada una (química, cristalografía, microbiología entre otras) (Pozas, 2015)). Es decir que los protocolos del quehacer científico permiten a los objetos jugar un importante papel en la resolución de controversias, porque estos constituyen artefactos de inscripción considerados como legítimos. Un artefacto de inscripción es todo aquello que empleado para fundamentar una argumentación, contribuye a disminuir los contra argumentos, es decir contribuye a dirimir las controversias. Los artefactos o instrumentos de inscripción pueden ser gráficas, fórmulas, tablas, mapas, algoritmos, fotografías, difracciones, entre muchas otras.

Esta combinación objetual y discursiva de los cursos de acción lleva a los teóricos de la TAR a elevar el papel de la controversia a mecanismo general de construcción o ensamble de la realidad, y su rastreo y seguimiento a técnica por excelencia de la investigación empírica. No obstante, después de instalarse en una corte francesa para observar la forma en que opera el derecho administrativo, Latour encuentra que, si bien los expedientes son los objetos a los que se remiten regularmente los abogados para sustentar sus argumentos, la forma en que se emplean dista mucho de la regularidad y consenso característico de los objetos de inscripción en el campo de la ciencia, ya que son utilizados de formas no sólo diversas, sino incluso creativas. Latour infiere que no siempre los objetos tienen el mismo papel en la estabilización de la sociedad y que el derecho tiene su propia lógica, pero se opone a asociar estas lógicas a campos o sistemas funcionales, y considera que se distinguen porque dirimen sus disputas de forma diferente, lo que lo acerca a la postura de Boltanski y Thévenot (2006). Al comparar la evolución de la teoría de la justificación y la teoría del actor red Guggenheim y Posthast (2011) encuentran que la influencia es recíproca, ya que simultáneamente la primera termina por reconocer la importancia de los objetos para la estabilización de las disputas, en tanto la TAR matiza la forma controversial de dirimirlas.

Una de las consecuencias más significativas de esta ontología de lo social, es que atribuye un mecanismo común a la forma en que el científico y el lego construyen su comprensión de la realidad. Ambos recurren a una combinación de argumentaciones discursivas --controversias, disputas, justificaciones-- y sustentos objetuales; ambos realizan una tarea cotidiana de identificación y ensamble de los cursos de acción significativos para su explicación, para la coordinación de nuevos cursos de acción y para la estabilización de todo tipo de entidades intervinientes en el proceso. La diferencia está en el producto que resulta del ensamble, en la lógica que articula la argumentación, en el tipo de entidades que se incluyen, pero sus capacidades cognitivas tienen el mismo fundamento. El enfoque es constructivista a la manera en que lo entiende Knor Cetina (2005) quien explica la

constructividad en términos del carácter cargado de decisiones de la producción de conocimiento. El científico, el especialista y el lego tomarán sin duda diferentes decisiones. Sin embargo, es importante considerar la objetividad como algo producido en vez de construido para diferenciarse del constructivismo como resultado del consenso y entender lo producido como resultado de la interacción de múltiples componentes que al no ser sólo humanos, no pueden ser sólo aquellos capaces de establecer consensos (Latour, 2013).

LA CONSTITUCIÓN DEL ACTOR

En un mundo en donde las interacciones y las relaciones sociales son constituidas de manera conjunta por seres humanos y por objetos no-humanos, todos los participantes en las acciones y actividades cotidianas que lo producen y reproducen son actantes es decir constituyentes de, y constituidos por la acción de otros. Pero entonces, ¿pueden los seres humanos ser considerados actantes?, más aún, ¿puede un objeto no-humano ser un actor social? En sociología se tiende a asociar el concepto de actor social a la idea de un individuo o ser humano con intencionalidad, que actúa para lograr sus fines, con frecuencia luchando contra fuerzas sociales que lo superan. No obstante, se admite que algunas veces los actores sociales remontan su estatus de humanos para actuar colectivamente, se les llama entonces actores colectivos, tales como el Estado, los movimientos sociales, los partidos políticos, los sindicatos, las instituciones en general y un importante número de entidades abstractas. Para la teoría del actor red, el actor recibe su estatus de actor de dos formas, cuando un ser humano se enuncia así mismo como responsable de una acción o cuando se le nombra. La importancia de la segunda forma de constituir al actor es que no se restringe a seres humanos, sino a cualquier tipo de actante a quien es atribuida la responsabilidad de la acción. Toda acción, como señalamos antes, es considerada por este enfoque como un conglomerado de agentes humanos y no-humanos. La acción de estudiar, por ejemplo, remite al estudiante como el agente más apropiado para ocupar el puesto de actor en esta acción, pero esto ubica la acción y al actor en un nivel de generalidad que no aporta conocimiento nuevo o interesante sobre el mundo social, ni sobre el tipo de interpretación que se obtiene. Si nos preguntamos ¿estudiar qué? podemos complejizar la acción diciendo, “estudiar el comportamiento del subsuelo en la ciudad de México”. Se puede entonces configurar al responsable de esta acción como: “El Sistema de alarma sísmica mexicano (SASMEX) estudia el comportamiento del subsuelo en la ciudad de México” o “ingenieros de la UNAM estudian el comportamiento del subsuelo en la ciudad de México” o “el arquitecto Ricardo Legorreta estudia el comportamiento del subsuelo en la ciudad de México”. En el primer caso el actor es una entidad institucional cuyo objetivo es alertar de forma temprana a los ciudadanos de un temblor inminente. En el segundo caso hablamos

de un conjunto de individuos configurados como actores a partir de su especialidad profesional y su adscripción institucional. En el tercer caso nos referimos a un individuo concreto interesado en construir un edificio en la ciudad; pero todas son figuraciones de actores responsables de una acción que puede ser enunciada de la misma manera ya que va dirigida al mismo objeto, “estudiar el subsuelo de la ciudad de México”.

Esta figuración cumple entonces la función de situar el tipo de lectura de la realidad que el intérprete (lego o científico) está interesado en realizar. Un historiador por ejemplo, tenderá a atribuir acciones o situaciones a entidades complejas, que en sí mismas sintetizan grandes conglomerados de posibles agencias. Hablará de la corona española, la inquisición, la dinastía Manchú, el imperialismo norteamericano o las naciones europeas. En otras palabras, la realidad es compleja y no sólo está en permanente construcción como producto material, sino como producto social, si por social entendemos el esfuerzo cotidiano de ciudadanos comunes y de científicos, por otorgar sentido a este nuestro mundo, seleccionando los hilos de la red que considera asociados al evento de su interés. Es decir que en la teoría del actor red la distinción entre actor y actante no estaría dada por el diferente estatus ontológico de los seres humanos y los objetos, ya que un ser humano puede ser también un actante, sino porque al atribuirle la agencia de una acción determinada, se le constituye como actor.

La constitución del actor a partir de la atribución de agencia, resuelve además el problema micro-macro que aqueja a las ciencias sociales, ya que la diferencia de escala no correspondería más a fenómenos de distinta naturaleza, sino al tipo de actores que son construidos para caracterizar la acción y sus posibles consecuencias en futuros eventos o cursos de acción. ¿Pero esto significa que la teoría del actor red niega toda forma de propiedad emergente? no, sólo significa que dichas propiedades emergentes deben ser explicadas. “El todo no es igual a la suma de sus partes”, pero sí a la combinación de las mismas. Una vez que se elimina la idea de un todo compuesto de elementos homogéneos, es fácil comprender que las propiedades emergentes resultan de los efectos combinados de sus componentes, de la misma forma en que la combinación de productos químicos diversos da lugar a sustancias venenosas, explosivas o curativas sin que ninguno de sus elementos tenga dichas propiedades por separado.

La imagen que se produce al hablar de la constitución del actor como resultado de una construcción “cargada de decisiones” parece “aplanar lo social” hasta el punto de negar la diferencia de poder entre, por ejemplo, una corporación empresarial y un empleado de la misma, o entre un estado autoritario y un simple ciudadano. Habrá entonces que concluir que los actores colectivos tienen una existencia propia más allá de su configuración a través de enunciados lingüísticos, que se expresa con frecuencia en grandes asimetrías de poder respecto a los individuos, pero ¿de dónde les

viene tan ingente poder? Para la teoría del actor red, estos actores crecen hasta convertirse en monstruos absorbiendo tanta materia y energía como les es permitido por el consenso que resulta de un proceso de estabilización colectivo. En un texto de 1981, Michel Callon y Bruno Latour recurren a la metáfora de Hobbes del Leviatán para ilustrar la forma en que un grupo de micro-actores o un micro-actor, ha crecido hasta convertirse en un monstruo, es decir, en un actor monstruosamente grande, cuyo tamaño y poder es el resultado de reclutar las voluntades y lealtades de muchos micro-actores para que hable y actúe en su nombre. Para ejercer su poder, estos macro-actores se sirven además de todo tipo de entidades materiales, algunas de estas para la difusión simbólica o el control económico, pero otras que aumentan considerablemente su fuerza bruta, tales como las armas. Es decir, además de voluntades reclutan materia. Las propiedades emergentes no son por tanto fuerzas sociales similares a las fuerzas cósmicas como señala Durkheim, sino que pueden ser desmontadas y rastreadas hasta sus componentes más micro, que resultan ser de la misma naturaleza que los que se despliegan en las relaciones cara a cara o mediadas por la tecnología. La diferencia de escala es en realidad una diferencia de alcance y de poder, pero las oficinas y las personas de Wall Street son tan mundanas como cualesquiera otras, aunque su alcance y su poder para desestabilizar la economía consigan dimensiones globales. Es una de las tareas de la sociología abrir la caja negra del poder para mostrar la forma en que se acumula, se ejerce y se mantiene en todas sus formas: económico, político, religioso, de género, de clase, de raza, e incluso el que proviene de la autoridad moral de un individuo.

Retomando el ejemplo del Estado, el esfuerzo cotidiano, colectivo y permanente que se requiere para garantizar su existencia se vuelve menos difícil a través de un proceso de estabilización o puntualización, que permite volver sólidas o ser tratadas como sólidas ese tipo de entidades construidas. Este proceso de estabilización es realizado de diversas formas por distintos tipos de actores, así por ejemplo, los habitantes de una colonia popular estabilizarán su concepción del Estado mexicano por la forma de sus intervenciones en su vida, al atribuirle la autoría o agencia de las cosas buenas y/o malas que les ocurran, desde la construcción de escuelas y áreas verdes hasta la represión policiaca. En el otro extremo, la existencia del Estado también se estabiliza en los textos de filosofía política, cuyos autores le atribuyen funciones (acciones legítimas). En este continuo podemos encontrar toda clase de construcciones colectivas o individuales sobre lo que es el Estado, todas y cada una de las cuales contribuye a la forma de su existencia, más o menos abstracta, más o menos vinculada a cursos de acción específicos. Las propiedades emergentes de estas entidades colectivas, se explican por tanto por la combinatoria de muchas entidades con usos y propiedades específicas; lo que se estabiliza en estas entidades son las formas de coordinación y control de estas combinaciones

a los que les da acceso el consenso colectivo. Estamos entonces ante una realidad social objetiva que es coproducida por actores humanos y no-humanos en forma de una red de entidades heterogéneas.

Conclusiones

La teoría del actor red suscribe la crítica a la concepción sustancialista de la sociedad la cual postula que las entidades son primero y las relaciones entre ellas subsecuentes. De acuerdo a Norbert Elias, esta concepción corresponde a patrones gramaticales profundamente arraigados en el lenguaje occidental que ha dado lugar a que los procesos sean “reducidos” a condiciones estáticas. En estos patrones lingüísticos la idea de cambio parte de objetos e individuos aislados que están siempre en reposo antes de ponerse en movimiento (Eliás 1978). La realidad constituida por objetos sólidos que se mueven de un punto a otro del espacio-tiempo dando lugar a un mundo estable, que puede ser capturado sociológicamente en las matrices teóricas de los grandes paradigmas estructuralistas. No obstante, toda la gama de fenómenos abordados desde la fenomenología, la hermenéutica y la etnometodología no parecen adaptarse bien a la jaula de hierro de dichos paradigmas. Esto es lo que condujo a las tradicionales tensiones nunca resueltas del todo, entre agencia y estructura, macro-micro, cualitativo-cuantitativo; así como a investigaciones empíricas con fundamentos metodológicos difíciles de reconciliar entre aquellas articuladas en torno a la estructura social y aquellas que parten de interacciones cara a cara.

Según Emirbayer (1997) la sociología ha sido construida con una mezcla fácil de supuestos sustancialistas y relacionales debido a su escasa vocación para reflexionar sobre los fundamentos ontológicos en sus investigaciones. Esta mezcla la encontramos tanto en las concepciones que conducen al individualismo metodológico, como en las diversas formas del estructuralismo. Aunque estos últimos colocan, ya no en los individuos, sino en las sociedades autosuficientes, en las estructuras o en los sistemas sociales las fuentes exclusivas de la acción. Los enfoques relacionales en cambio, buscan describir la realidad social en términos dinámicos, continuos y procesuales; de la misma forma en que el tiempo y el espacio se crean simultáneamente con el despliegue del universo después del Big Bang, el mundo en que vivimos se produce con el despliegue de las interacciones entre entidades de muy diversa naturaleza. Es el movimiento gradual y permanente el que explica la existencia del mundo, son las relaciones y las combinaciones de las entidades que lo pueblan. Este cambio de perspectiva demanda renunciar a la matriz teórica del estructuralismo y a cualquier postulado a priori sobre lo social.

En este giro pragmático, la teoría del actor red plantea que todo significado debe ser descubierto, no postulado a priori, a través del rastreo y la asociación de todo tipo de entidades. La función del

sociólogo es encontrar orden después de dejar que los actores desplieguen toda la gama de controversias en las que están inmersos, por más contra intuitivas que parezcan, para lo cual es necesario rastrear relaciones entre las controversias mismas en vez de tratar de resolverlas. “De ningún modo se abandona la búsqueda de orden, de rigor y de patrones. Simplemente se sitúan esas búsquedas en un nivel más alto de abstracción” (Latour, 2005: 42).

Este vaciamiento de contenidos sustantivos en favor de una ontología relacional es sólo aparente, ya que para el sociólogo de las asociaciones, la causalidad, los hechos o regularidades como hallazgos de la investigación empírica corresponden a otras disciplinas, tales como la economía, la geografía, las ciencias políticas, la historia e incluso las ciencias naturales. La función del sociólogo es emplearlos como elementos pertinentes a su ensamble, a fin de encontrar sus conexiones con hechos que aparecen a primera vista desconectados. Así por ejemplo, desde su posición, el investigador debe jalar los hilos de la historia que considera asociados a su objeto de investigación y sólo esos, en lugar de construir una narrativa histórica separada como “contexto”. De la misma manera puede asociar conocimientos producidos en el campo de las ciencias cognitivas por ejemplo. El límite a tanta libertad de acción para el investigador sólo estaría dado por su capacidad para ubicar y procesar la información que requiere de otras disciplinas, y por la rigurosidad y legitimidad de las asociaciones propuestas. Si encuentra controversias entre reconstrucciones diferentes del mismo fenómeno, su función no será resolverlas, sino emplearlas como pistas de problemas no resueltos cuyo origen debe ser rastreado. Es decir que el contexto histórico o la estructura social dejan de ser un marco de referencia de nivel meso o macro, para convertirse en parte de las entidades heterogéneas que serán ensambladas o tejidas en la red de los fenómenos estudiados. La función del sociólogo es encontrar puntos de intersección entre las trayectorias de objetos construidos desde distintas perspectivas, identificando los nodos donde el consenso se diluye y nadie sabe bien cómo continuar.

El consenso como el mecanismo constructivista por excelencia es resignificado a la luz de la teoría del actor red, donde se considera clave para la estabilización de los objetos de todo tipo, desde valores y conceptos hasta objetos de la naturaleza. Pero para la teoría del actor red los consensos adquieren corporeidad u objetividad justamente a través de la incorporación de entidades materiales que con frecuencia establecen la forma del consenso. Tal como ilustró Becker al encontrar que la forma de medir el tiempo en la música, se prolonga en la historia gracias al pentagrama, las notas, las claves etc. No sabemos cómo sonaban los instrumentos en el período barroco, por ejemplo, pero el desarrollo de la notación estabiliza hasta donde le es posible el consenso sobre cómo medir el tiempo en la música.

Pero además son importantes las convenciones respecto al significado y uso de los objetos, ya que permite la coordinación de las acciones. La convención es el mecanismo que explica la capacidad de los seres humanos de hacer cosas juntos; la producción colectiva de objetos de distinto nivel de abstracción refleja la materialización de las convenciones. Pero estos acuerdos colectivos no se producen sin disputa; el proceso de ajuste sobre quién posee la mejor interpretación sobre lo que ocurre, o sobre la mejor forma de hacer las cosas, o sobre lo que es justo, o sobre lo que es verdadero es dialógico y demanda compartir criterios de validación, como señalan Boltanski y Thévenot. En el caso de la ciencia los criterios para dirimir las controversias son precisos y están establecidos con claridad; también es evidente el uso de artefactos de inscripción validados por la comunidad científica que contribuyen a disminuir los contra argumentos. El seguimiento en el tiempo que hace Latour de estas controversias muestra cuánto se despliegan en el espacio en las fases iniciales y cómo tienden a disminuir conforme se van consensuando los argumentos y conocimientos. No en todas las esferas de la actividad humana los criterios son tan precisos ni los objetos que los soportan colectivamente validados, por lo que los consensos no arrojan convenciones tan sólidas y duraderas como en la ciencia, sin embargo, éstos acuerdos son necesarios para dirimir las disputas si no se quiere llegar a la violencia, o si el objetivo es reestablecer el curso de una acción colectiva interrumpido por la disputa, como señala Boltanski.

La consecuencia para la investigación empírica lleva a considerar estas controversias como puntos clave de observación ya que es el lugar donde se produce el cambio y la innovación; constituyen puntos de inflexión, de convergencia de conocimientos de diferente origen, de ensamble y combinación de diversos cursos de acción y conducen finalmente a la estabilización, es decir a la producción de objetividad. Es así como surgen las instituciones, las estructuras, los patrones, por eso las TAR las considera como resultado, no como punto de partida. La economía institucional, por ejemplo, considera que las grandes empresas surgen a inicio del siglo XX como solución a problemas de coordinación de la producción a gran escala que los mecanismos del libre mercado no alcanzaban a regular (Williamson, 1985) . Si se quiere ver el movimiento en objetos aparentemente sólidos es necesario abrir la caja negra y rastrear las controversias y disputas que llevaron a su estabilización. Es así como se explica la forma y la persistencia del mundo, es así como se produce la objetividad.

Pero esta objetividad no es sólo discursiva, se sustenta en la materialidad de los múltiples objetos que la conforman, es decir, le dan forma y esta materia y esta forma se convierte en portadora y transportadora de significados y de acciones. Como la catedral del siglo XVI que a pesar de su aparente inmovilidad porta y transporta a través de los siglos una forma de culto que no es siempre la misma, cuya naturaleza no es estática, pero cuya forma contribuye a estabilizar el culto. La

producción de objetividad arroja productos que son construcciones colectivas pero que, soportadas por la materialidad, se ponen en movimiento, actúan sobre otros. La construcción de un Estado autoritario no es sólo discursiva, su configuración y el origen de su poder puede ser desmontado, rastreado hasta sus últimas consecuencias.

El actor en la teoría del actor red, constituye un elemento crucial porque al ser configurado como tal por la atribución de agencia de ciertos cursos de acción, sintetiza un consenso social con capacidad para producir objetividad, es decir, con capacidad para producir objetos de muy diverso tipo, compuestos por un sinnúmero de entidades humanas y no-humanas. No se trata por tanto de un consenso meramente lingüístico, ya que permite la coordinación de acciones para la producción, tanto del mundo material como del simbólico. Los objetos que resultan se mantienen en circulación más allá de su origen (lejos de sus creadores) porque son puestos en movimiento por todo tipo de mediadores que los impulsan o los transforman.

Esta ontología relacional de lo social, arroja entonces un tipo de actor de carácter relacional, es decir constituyente de y constituido por la acción de otros. No es el individuo como tal el objeto de la sociología relacional sino el actor en tanto actúa, es por eso que la acción lo constituye, no es el estudiante el que constituye el estudio, sino estudiar lo que constituye al estudiante. Si se parte de esta premisa todos los cursos de acción que convergen en el acto de estudiar serán actantes, es decir intervinientes en una acción, actores potenciales en espera de su figuración, es decir en espera de la atribución de alguna de las múltiples agencias que constituyen la acción.

En la producción de objetividad, el consenso reaparece en este enfoque, pero ya no sólo como una cuestión semántica, sino como el resultado de disputas y controversias entre los seres humanos que requieren darle sentido a sus acciones, no sólo para comprenderlo sino para poder hacer cosas juntos, es decir para producir la realidad, ayudados u obstaculizados por toda suerte de entidades. En síntesis, la teoría del actor red es una propuesta ontológica y metodológica de carácter relacional que se inscribe entre las teorías emergentes sobre lo social que se consideran a sí mismas como alternativas frente al agotamiento de las grandes matrices teóricas que dominaron el quehacer de la sociología en el siglo XX.

Referencia bibliográfica

Becker, Howard (2008) *Art Worlds* Berkeley/Los Angeles/ Londres: University of California Press.

Boltanski Luc y Laurent Thévenot (2006) *On Justification: Economies of Worth* Princeton: Princeton University Press.

Borges, Antonádia. (2011) “Mujeres y sus casas: retrospectiva y perspectiva de un sendero en antropología y sociología” en *Estudios Sociológicos*. México: El Colegio de México. (pp.981-1000).

Bowker, Geoffrey y Susan Leigh Star (2000) *Sorting things out: classifications and its consequences* Cambridge: The MIT Press.

Callon, Michel y Bruno Latour (1981) *Unscrewing the big Leviathan: how actors macro-structure reality and how sociologists help them to do so*, en Cicourel y Knorr-Cetina (eds) *Advances in social theory and methodology: Towards an integration of micro and macro-sociologies*, Boston, Routledge.

Knorr-Cetina Karin (2005) *La fabricación del conocimiento: un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia* Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial

Dosse, Francois (1999) *Empire of meaning: the humanization of the social sciences*. The University of Minnesota Press.

Durkheim, Emile (1951) *Suicide : a study in sociology* The Free Press

Edelman, Gérard (1987) *Neuronal Darwinism: the theory of neuronal group selection* New York: Basic Books.

Elias, Norbert (1978) *What Is Sociology?* Nueva York: Columbia University Press

Elias, Norbert (1990) *Compromiso y distanciamiento: ensayos de sociología del conocimiento* Barcelona: Ed. Península

Emirbayer, Mustafa (1997) “Manifiesto for a Relational Sociology” en *The American Journal of Sociology*, Vol. 103, No. 2 (281-317)

Published by: The University of Chicago Press

Greimas, Algirdas J. (1989) *Del sentido II* Madrid: Gredos

Guggenheim, Michael y Jörg Potthas (2011) “Symmetrical twins: on the relationship between actor-network theory and the sociology of critical capacities” en *European Journal of Social Theory* 15(2) 157–178

Lampland, Martha y Susan Leigh Star (2009) *Standards and their theories: How Quantifying, Classifying, and Formalizing Practices Shape Everyday Life*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Latour, Bruno (2010) *The making of law: an ethnography of the Conseil D'Etat* Cambridge: Polity Press.

Latour, Bruno (2003) "The Promises of constructivism" en Ihde y Selinger (eds.) *Chasing Technoscience: Matrix for Materiality*, Bloomington: Indiana University Press, (pp.27-46).

Latour, Bruno (2005) *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory* Oxford: Oxford University Press.

Latour, Bruno (2013) *An inquiry into modes of existence* Boston: Harvard University Press.

Nevile, Maurice, Pentti Haddington, Trine Heinemann y Mirka Rauniomaa (2014) "On the interactional ecology of objects" en *Interacting with Objects: Language, materiality, and social activity* Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing

Pignouli, Sergio (2015) "La disputa por el cambio de paradigma en Luhmann, Latour y Habermas" en *Estudios Sociológicos...*

Williamson, Oliver E. (1985) *The economic institutions of capitalism* Nueva York: The Free Press